

Agricultores y ganaderos de Palou explican las dificultades para vivir del campo hoy en día al lado de una ciudad como Granollers

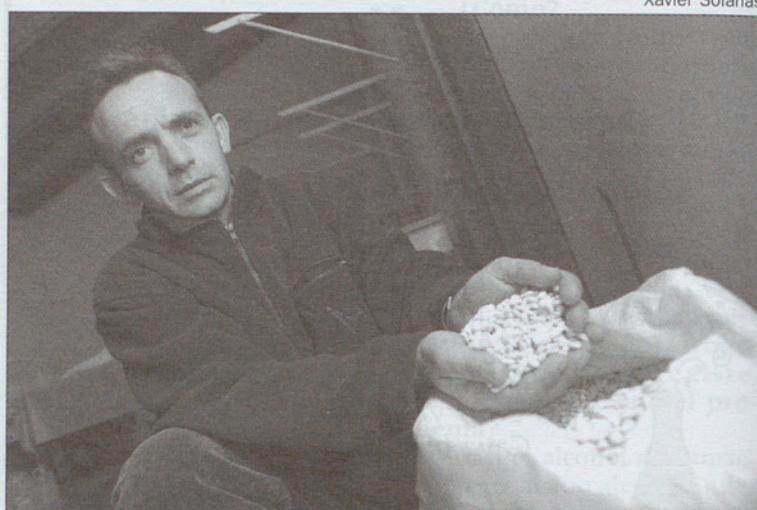
Los últimos payeses

Xavier Solanas



Josep Tintó junto a parte de su piara de 1.600 cerdos.

Xavier Solanas



Jaume Guirart, tractorista desde los once años, con mongetes del ganxet salidas de su huerta.

JAUME RIBELL

En total hay cinco explotaciones. Cinco de jóvenes, claro, que son los que cuentan. El resto, que ya estamos todos jubilados, debemos ser 6 ó 7 más". Así resume la actividad agraria y ganadera que hay en Palou **Jaume Virgili**, presidente de la Asociación de Propietarios de Palou y de la SAT de Granollers. Unos pocos valientes que por vocación y por querer mantener la tradición del negocio familiar, siguen manteniendo su actividad agrícola contra viento y marea: contra la subida desmesurada del gasoil y del coste de vida, contra los irrisorios precios que les pagan por sus productos, contra los urbanitas que en muchos casos no respetan su trabajo y contra las administraciones que piensan en ellos antes para los impuestos que para las ayudas.

En pleno siglo XXI, y al lado de una ciudad industrial y comercial de 50.000 habitantes como es Granollers, todavía quedan personas dispuestas a vivir del campo y a luchar para que su legado no se pierda con más fe que medios para conseguirlo. Son los últimos payeses de Palou.

MAÑANA LO DEJO

Son las 9:30 de un lunes. Jaume Virgili me espera en la sede de la SAT, en la calle Sant Josep. Nos dirigimos hacía Palou. Lluve, así que encontraremos a todos los payeses en casa. "Es lo que tiene la vida del campo. No hay horarios. Si un día llueve, no puedes trabajar. Y si un domingo tienes que

estar todo el día trabajando, pues lo haces: no tenemos ni vacaciones ni nada", explica Virgili, de Can Sislaú (todavía es tradición que se conozcan entre ellos con el nombre de su masía).

La primera visita será a **Josep Tintó**, de Can Mariné. Su padre, **Isidre**, hoy jubilado, le cedió el negocio y él lo continuará mientras pueda. Aunque la previsión de futuro es clara: "Si pudiera dejarlo, lo dejaba ahora mismo", afirma Tintó. Y no es el único: comenta que **Pere Clos**, otro payés de la zona, le comentaba recientemente lo mismo. "Somos sólo 4 ó 5 jóvenes que continuamos en Palou, y lo hacemos para continuar la tarea de nuestros padres. Pero ninguno queremos que nuestros hijos se dediquen a esto", asegura. ¿Por qué? "Porque es demasiado problemático: no tenemos ninguna

seguridad en nada, estamos expuestos a las continuas subidas y bajadas de los precios, inviertes mucho capital que en meses se puede perder... vamos, que estamos muy dejados de la mano de Dios".

Can Mariné es una explotación ganadera. Tiene 1.500 gallinas y 1.600 cerdos, de los que 200 son madres paridoras. "Hace dos años, esto era una explotación grande. Ahora a duras penas sale rentable", asevera Tintó. "Muchas veces sólo cubrimos costes, e incluso vendemos por debajo del coste de producción. Cuesta mucho llegar a fin de mes", añade.

Esa situación se debe a que, en vista de la precaria situación del sector primario, muchos productores se han juntado en macroexplotaciones que copan el mercado. "Hay explotaciones que tienen el ciclo entero cerrado: se han junta-

do explotaciones ganaderas, casas de pienso y mataderos. Y claro, los que no estamos integrados, tenemos que ir al matadero, donde nos pagan lo que quieren". Un ejemplo de eso son los precios que se pagan por un cerdo: el límite de peso está en 60 kilos, "y sólo que el cerdo pese 59,5, no te pagan ni la mitad de lo que vale. Y si pasa de peso, igual. Nunca sabes qué te pueden pagar por un cerdo. A veces no es más de 3 ó 4.000 pesetas", asegura.

SUBE EL COCHINILLO

Por suerte, no siempre van tan mal las cosas. Justo hace unos días, los ganaderos han recibido una buena noticia: el cochinillo ha subido 3 euros la pieza. El hecho de que se acerque la campaña navideña ha permitido ese aumento de precio. "Que ya era hora, porque llevaba todo el año por los suelos", afirma de nuevo Tintó, quien añade que "desde febrero, hemos estado perdiendo entre 6 y 9 euros por cada cochinillo". Y si es importante la noticia es porque la clientela de los payeses de Palou es, básicamente, la de los mataderos: "Clientela de a pie, cero. Todo lo vendemos a mataderos de la zona de Vic". Virgili coincide: "No es sólo cuestión de precios: es el coste de la vida en general, que ha subido mucho, y eso que en el campo tenemos muchos productos que no tenemos que comprar".

Eso, sumado a los controles cada día mayores por parte de la administración: "Nos hacen controles de medicación, de censos, de capacidades... todo son obstáculos burocráticos. Te ponen multas y te marcan la granja por cualquier

El alto coste de la vida

Otro gran handicap con el que deben convivir las personas que viven del campo es el aumento del coste de la vida.

Un aumento que no debería ser un problema si los ingresos fueran acordes. Pero no lo son. Como explica **Jaume Guirart**, "el cereal hoy se vende al mismo precio que hace veinte años". Por contra, como los lectores ya sabrán a causa de las recientes tractoradas, el precio del gasoil no para de subir, y se ha multiplicado en un 150% en pocos años. A eso se le suman los gastos en medicamentos o en veterinarios en el caso de los ganaderos (los problemas más frecuentes son malos partos, diarreas de los cochinillos, o resfriados: este año hay una plaga entre el ganado), y los gastos en fumigaciones varias que deben hacer los agricultores. En resumen, un sector en el que cada vez se hace más difícil cuadrar lo que se ingresa con lo que se gasta. Eso sin contar la inversión en tierras, ganado o maquinaria rural.